

Interiores

III.—COLECCION DEL SR. EMILIO REYES ECHAURREN

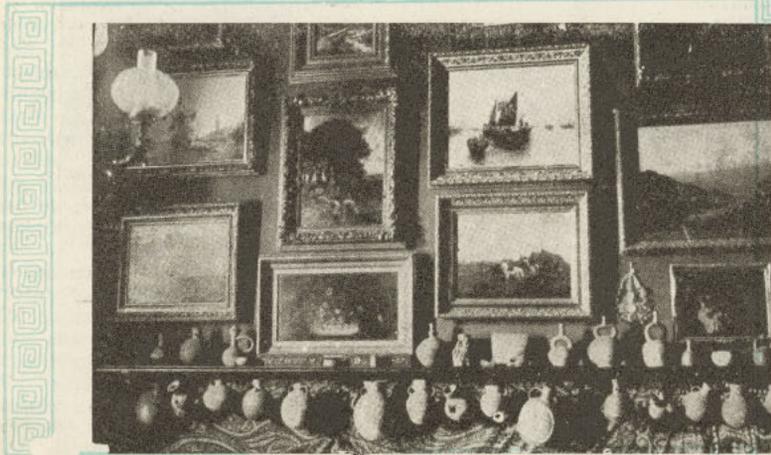
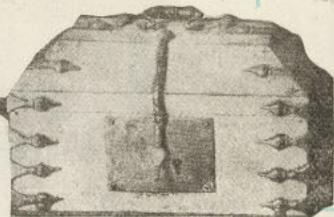
EN la casa del señor Emilio Reyes Echaurren, se respira un ambiente de elegancia tranquila. Una joven fina y esbelta, digna del pincel de un Boldini, nos recibe con natural amabilidad, y volviéndose hacia el interior del vestíbulo, dice con voz musical:

—Papá, te buscan.

El dueño de casa, un hombre todavía joven, vigoroso, que empieza a encanecer y cuyas hebras plateadas son un contraste en aquel rostro lleno de vida, nos invita a su sala de trabajo situada en el segundo piso de la casa. Desde luego vemos que estamos en la mansión de un coleccionista de buen gusto. Después de explicar al señor Reyes Echaurren el motivo de nuestra visita, éste nos dice con sincera modestia que se revela en el tono:

—Excúseme Ud. Yo no tengo nada digno de poder presentar al público para ser comentado en un artículo. Lo poco que he reunido, es tan sólo para que lo vean mis amigos, en la intimidad, sin ir más lejos, sin trascendencia alguna. Además no pretendo—ni jamás lo he pensado—que mis pocas cosas sean dignas de figurar junto a otras colecciones de gran valor como hay en Santiago. Vea Ud. todo, pero luego guárdelo sólo para Ud.

Aquella diplomática negativa a una publicación, que él teme que pudiera suponerse solicitada por él, nos incita a la entre-



vista, es como un acicate más para escurriñar con nuestros ojos de revisteros, hasta el último rincón. Tratamos luego de convencer al distinguido coleccionista, quien, benévolo para la indiscreción de nuestro lápiz, va diciéndonos nombres de artistas y mostrándonos cuadros de gran mérito.

Estamos en una estancia de regulares dimensiones, rodeados de cosas antiguas, de cuadros, de sedas viejas, de mantones en los cuales el color se ha desvanecido y aparece más adquirido al último reflejo de un pálido sol de agosto.

Nos seduce una gran tela oscura, de color profundo: un viejo ermitaño en oración. Es un cuadro de museo, de Ribera, uno de los Riberas más esbeltos que hemos visto en Chile. Surgen las formas doradas de un crepúsculo

de dolor que guarda armonía con la ascética figura de un monje. Una mano afinada en el suplicio y eocuente como un versículo bíblico, se apoya con delicadeza en una calavera, cuyo cráneo aparece a la luz y lo demás se esfuma en la sombra de la pátina. Aquella mano obsesiona, es casi todo el cuadro, atrae poderosamente, quizás más aún que el rostro orlado de luengas barbas, en el cual no se sabe si esa expresión que florece en la boca es la luz de una sonrisa ulivina o el gesto resignado de un nuevo dolor humano. La vieja tela invita a la meditación; hay en toda ella como el soplo de una plegaria empapada de ternura y de lágrimas.

—Pieza de museo—repetimos mirando el cuadro con recogida unión.

Su dueño nos dice: "Es quizás lo que más aprecio de todo lo que tengo, o más bien una de las cosas que más aprecio", porque luego nos muestra otras preciosidades.

Un Jean Van Den Eyck, que representa un pajejillo sentado, de factura maravillosa, de fineza exquisita en sus detalles, a la que se une, para hacer un total espléndido, el color caliente y puro. En la misma testera, un magnífico Teniers, con todas las características del artista flamenco, tanto en su composición, en su asunto y en su color pálidamente dorado. A pleno aire vemos una gran mesa, muchos invitados; en otro grupo, una danza. Los personajes, en sus movimientos, en sus fisonomías, nos recuerdan los modelos que ya hemos visto en otros Teniers, y además los fragmentos del cuadro, son asuntos también tratados en otras telas del mismo autor. Vecino al Ribera, una marina de Wanderner, de hermoso cielo y color, y como para completar este conjunto, un "interior" que nos dejó maravillados por su claro-oscuro, por la delicadeza y transparencia de las sombras, por la verdad de la luz: lo firma Maswiens, y representa un "Interior de la Catedral de Segovia", escuela flamenca. La mirada se explava, en primer término, por entre el gris tranquilo de una sacristía, en la cual vemos una figura yacente, una mujer arrodillada y una especie de retablo. Luego el ojo seducido por una cinta de dorada luz, sigue a ésta que se ensancha, para penetrar de lleno a una galería conventual iluminada de sol, de una perspectiva, aérea admirable. Se ve danzar el polvo de oro pálido en la serenidad del gótico claustro.

Confieso que muy pocos cuadros me han dado una sensación más tranquila y hermosa de la realidad, que muy pocos me han hecho sentir de un modo más intenso el aire de un interior, esa verdad aplastante de la belleza al través de un



temperamento de artista. Al frente, como desafiando a las firmas anteriores, una gran tela, llena de frescura y de ambiente, firmada por Gérard, que representa a "Diana Cazadora". Un muchacho saca a la diosa una espina de un pie. Ella tiene en su regazo a Cupido. Hay en la expresión de Diana una mezcla de inquietud y de pudor. Alza una de sus manos, como para ayudar con el movimiento al muchacho. Esa mano surge de la tela con un relieve admirable. El cuerpo semi-desnudo, tiene una parte en la sombra que proyecta un árbol y el resto en la luz. Las carnaciones son delicadas y frescas, el movimiento gracioso e insinuante.

Entre otras telas de valor, anotamos un Sébes un efecto de luz, dos damas preocupadas en una lectura. Es un magnífico "interior".

Luego pasamos a otro salón, de puro estilo colonial, en donde como en la sala anterior, también de estilo colonial, hay una gran cantidad de curiosidades, vasos venecianos, miniaturas en marfil, telas antiquísimas, bordados viejos, barequeños, etc.

El señor Emilio Reyes Echaurren, como temeroso de aparecer presumiendo de todo aquello que tiene, nos quiere insinuar de nuevo la advertencia que nos hizo al principio, pero nosotros nos adelantamos a tranquilizarlo.

N. YANEZ SILVA.

